

zuelo como de hasta diez y seis años, moreno, de grandes ojos, nariz chata y constante sonrisa. Hable, hable de santidades, que presto se olvida de lo que ha hecho hoy en San Ildefonso: que yo lo vi, pues no estuve con esotros en la Iglesia Mayor.

—Tú no sabes decir más de simplezas, prosiguió la vieja, y salir al encuentro de lo que crees que son malicias mias.

—Oiga, pues, la buena gente, respondió el mozuelo que se llamaba Breva, por su desmedida afición á esta fruta; y tanta, que por robarla de las huertas había estado más de una vez en la cárcel y recibido las penas que la poca caridad de los señores de la Audiencia le había mandado dar. Es el caso que en San Ildefonso se hace ahora la novena de la devota imagen de Nuestra Señora del Corral, que dicen está pintada en cañas allá en los tiempos del rey Vamba: allí está el jubileo, y cada mañana hay solemnísima fiesta con sermón. Entró una dama muy hermosa hoy, luciendo unas grandes arracadas de perlas. Doña Casilda apostó conmigo á que dentro de un hora estarían en su poder, para lo cual tenía que ir yo de vuelo en casa de cierto tendero en cal de Escobas, para que me diese sueltas unas cuantas perlas falsas del tamaño que ella me señaló. Volví á toda furia con ellas: me metí en el concurso, pisando á esta mujer y cayendo sobre esotra. Llegué adonde doña Casilda estaba par con par hincada de rodillas junto á la dama de las arracadas: dile con recato las perlas; oré un rato haciendo la deshecha, me levanté y fuíme á atisbar lo que habría de pasar puesto de pié junto á una columna cerca, por si

era menester mi auxilio. Besaba doña Casilda de tiempo en tiempo el santo suelo, juntaba las manos, murmuraba padres nuestros y ave-marías, ponía los ojos en blanco y los brazos en cruz como elevados en contemplacion, golpeábase los pechos, y hacía sonar las cuentas de su gran rosario. De repente sacó unas cuantas perlas falsas y las echó sobre el vestido de la devota dama, diciéndole:

—Mire, señora, que se caen á vuestra señoría las perlas que es un dolor.

Viólas ella, las recogió en un bolsillo que llevaba en la manera del vestido, y le mostró su agradecimiento con decirle: Dios recompense á vuesa merced tan buena obra, y la conserve favorecida de los dones del cielo.

A poco volvió doña Casilda á arrojarle otras perlas y á decirle: Señora, vea vueseñoría esas perlas, ¡oh qué lástima! Va á perderlas todas.

La dama las recogió inmediatamente y se quitó las arracadas sin mirarlas, para que no se cayesen más, y las guardó en el bolsillo. A los tres minutos estaban las arracadas sanas y completísimas en el de doña Casilda. Besó de nuevo ésta el suelo, se santiguó, hizo genuflexion devotísima al altar, dió los buenos días á la dama; y salió de San Ildefonso á tan buen andar, y con más cuidado de cubrir la cara, que de no tropezar y caer, que cuando quise salir para alcanzarla, ya se había desaparecido como por encanto; y en todo el día, no más hasta ahora.

No parece, le interrumpió la vieja, sino que lo que he tomado es para mí sola, cuando las arracadas vienen

aquí para que Monipodio gaste y distribuya su valor entre estos pobretes, queriéndolos yo á todos como á mí. Y tú, diablillo rebelde, ¿no sabes que esa dama posee más dinero que tierra y más sedas que lodo hay en la plaza; y que todo es para vosotros todos, que no teneis más casa que el suelo ni más tejado que el cielo, ni qué llegar á la boca sino lo que cae? El haberle quitado esas arracadas que la engalanaban en la iglesia, fué, aparte del amor hácia vosotros, un medio de quitarle ocasiones de turbar el ánimo de los caballeros y apartarlos de la devocion con estímulos de pecar. Esto es lo que sé y puedo decir, ladronzuelo, á tu desvergüenza.

—Ahí, madre de mi alma (replicó Breva), ¿en eso da? Yo jamas digo desvergüenzas, sino verdades; las desvergüenzas son las faltas de vergüenza de la persona de quien se habla.

—¡ Ah bellaconazo socarron ! exclamó doña Casilda, ¿de mí te atreves á discurrir en tal manera? Pero la razon te sobra; y á mí la de callar por hoy, pues me puse contigo á dimes y diretes, que eres el más acabadamente malo que he conocido, segun la vida que has llevado y que algunos sabemos.

—Pues en tanto que Monipodio viene, dijo á esta sazón Piés de liebre, no me parece inoportuno que Breva nos refriese algo de su vida, que en ello nos dará un verdadero placer.

—Pues con vuestra licencia, respondió Breva desenfadadamente.

—Con la mia y la de estos señores, añadió Piés de liebre; y volviéndose á los demas, continuó: Salvo me-

por parecer, que al corto mio creo que debe concedérsele.

Todos callaron, y Breva comenzó á decir:

—Quedé huérfano á los cinco años, cuando una hermana de mi padre me recibió en su casa caritativamente, Dios se lo pague. Cuando chico jugaba siempre á los ladrones y á la justicia. Necesitábase echar suertes para ver quiénes habian de ser la justicia: porque todos queríamos ser ladrones. Mi tia, por estas y otras cosas, dedujo que mi talento merecia estimulante, poniéndome en sitio donde, dejadas aparte travesuras de muchacho, aprendiese virtudes. Entré de monacillo en Nuestra Señora de Santa Ana, en Triana, y no dejé de seguir dando muchas esperanzas. Cuando una devota estaba en una capilla con más fervor rezando, por la tarde, entre dos luces, ante la imagen de Nuestra Señora de la Granada ó de San Francisco, yo me subia á las galerías altas, sobre las bóvedas, y lentamente tiraba de la cuerda de la lámpara haciéndole ascender para dejarla seguidamente que cayese con gran estrépito y derramamiento de aceite, espanto de la devota y suciedad de cuanto llevaba encima. La pobre creia que el techo se venía abajo. Hablaban del suceso y se atribuia unas veces á temblor de tierra, otras á una manga de viento, y ninguno acertaba en lo que era, y yo seguia en reir y diablear hasta que un cura me atisbó y haciendo que el sacristan me tirase bien de las orejas y regalase con veinte ó treinta rodillazos, llamó á mi señora tia, la contó el suceso y me puso en mitad del arroyo.

Recobré mi libertad. Desde entonces caminaron en mi alcance los deseos de vivir holgadamente, y lo mejor fué

que me dieron casa. En la morada de mi tía no hallaba otra cosa que miserias sobre miserias, penas sobre penas, desgracia sobre infelicidad, porque aunque tenía algunos bienes, de nada le servían, porque la avaricia la dominaba; doce años tenía, y con varios camaradas me fui á divertir á Alcalá de Guadaira. Falto de dinero, me vino en voluntad vender un burro para remedio de mis males: alquilé uno á nombre de mi tía, conocida del dueño. Salí con mi burro camino de Sevilla. A la pasada de un charco lo bañé completísimamente en barro, de suerte que parecía otro ó me lo parecía. Vendílo en una huerta cerca de Sevilla por no sé cuántos ducados á un amigo de mi tía y como cosa de ella. Esperó el dueño del burro tres ó cuatro días su vuelta inútilmente. Entró en cuidado, vino á Sevilla, preguntó por mi tía, que se había quedado lela no había tres noches; yo escondíme, y ni burro ni muchacho andaban por ahí, ni había quien diese de ellos razón ni sinrazón.

En tanto el burro, no bien cierto día le otorgaron un tantico de libertad en la huerta, salió al camino, y le vino en talante de tomar, paso entre paso, la vía de Alcalá de Guadaira. Hizolo así, sin que nadie se propusiese detenerlo. Llegó á Alcalá á boca de noche, y allí entraron sus vacilaciones si ir ó no á la casa del arriero ó á la de un gitano que lo había vendido unos dos meses antes. Prevaleció en el burro el afecto hácia la persona del gitano. Parece como que burros y gitanos allá se las entienden. Viólo venir y entrar en su antigua casa. Enternecióse el gitano, saltáronsele las lágrimas al ver el amor de aquel animalito y su lealtad tan preclara, lo abrazó

con toda su alma, y al despuntar del día lo llevó á Carmona, donde lo vendió para que el burro mejorase de dueño y de estado, pues él no podía cuidar de su regalo tan cariñosamente cual lo había en deseo, por lo corto de sus haberes, reducidos á la mañana, á la tarde, á la noche y á la madrugada.

Viene al cabo de una semana el nuevo dueño con su burro á Alcalá de Guadaira; paróse delante de una casa frente de la iglesia para descargar el animal, cuando hé aquí que asoma el verdadero dueño; conoce éste su prenda, áse de ella, grita al ladrón, se da de cachetes con el otro arriero. Acuden alguaciles, y tras muchos reniegos, porradas, maldiciones, si es y no es, se aclaró que un gitano había vendido al de Carmona el burro que antes había vendido al de Alcalá de Guadaira. Corren alguaciles á buscarlo, hállanlo muy descuidado pelando un perro, se carean, median testigos de una y otra venta, y dan con el gitano en la cárcel, de donde salió para azotes y galeras, probado que él y no otro fué el ladrón del burro.

Por varios hurtos de brevas en arboledas tres veces estuve en la cárcel. Si he de decir verdad, sentí estar tan poco tiempo en ella. Créanme voacedes, todos deberían estar siquiera tres ó cuatro meses, y aún desearlo.—Ahí en la cárcel, ahí en la cárcel es donde verdaderamente se aprende y donde se llega á saber, mejor que en las escuelas y con la filosofía, lo que es el mundo: ¡qué enseñanza para los hombres y muchachos de vivo ingenio! Apenas entra uno que no es nuevo, se le conoce; sin que nadie le diga cosa alguna, se pone en cruz para que le registren si lleva armas ú otra cosa.

Recuerdo que cierto labrador fué recluso en la cárcel, para trasladarlo á Sanlúcar la Mayor á la mañana siguiente. Decia que no llevaba sobre sí más de veinte y dos reales. Trajéronle pan y un poco de jamón aquella noche, y el resto de la suma quedó jugado y perdido con los bellacos que habia en la cárcel; unos juraban que debia tener más dinero, y otros que no, porque si bien era rico, ya estaba registrado, y nada más llevaba consigo. Yo, que todo esto oia, quedé en silencio observando, y noté que el labrador guardaba en las alforjas un pan, que por ser muy duro me dijo no podia comerse. Durmióse, y yo, que lo avizoraba, me encogí, y á rastras me puse adonde se habia acostado; le cogí sutilmente el pan, lo abrí, y hallé que dentro habia unos ochocientos ducados en oro; y lo mejor del caso era que el pan se habia cocido con el dinero dentro.

Desesperóse al despertar el labrador viendo que otro habia sido más ladino que él; y por más que juraba que lo habian robado, nadie lo creyó ni le dieron espacio para seguir en sus querellas é investigaciones, pues los que lo habian de llevar lo hicieron salir de la cárcel, sin valerle su malicia.

Dos dias despues me tocó ser libre. Compré con el dinero del labrador vestidos y alguna joya; entré á servir á un caballero veinticuatro, joven sí, pero muy devoto como sobrino y heredero del arcediano, varón no menos santo que rico. Tívome un mes en su casa como paje; y habiendo advertido que en un escritorio donde solia guardar dinero, alguno (que era yo) habia andado con más ligereza de manos que disimulo, dió en sospechar

de mí. Sé que registró mi maleta y dormitorio hasta las vigas, pero nada halló. Yo siempre he sido imitador de San Francisco: he tenido llagas en las manos, y mayores que las suyas. Por ellas se me iba todo el dinero en golosinas y caprichos. Me llevó á confesar á San Salvador una mañana, sin advertírmelo antes, y con un eclesiástico de muy gran conciencia, á ver si por este camino enmendaba mi vida. Preguntóme el santo varón:— Dígame, hermano: ¿qué habria sucedido si Cristo no hubiera venido á redimirnos?—Yo, que sabia poco de teologías, pues cuando estuve de monacillo no contaba aún siete años, y despues no me habia cuidado de la doctrina, creyendo por el tono que el asunto era grave, le dije:—¡Ay, señor, qué desavío!—Quiso explicarme cristianamente su pensamiento, y comenzó á decirme:—Pues ha de saber que Dios hizo de la nada el mundo.....—No lo dejé proseguir, replicándole:—¡Sí, y por eso así salió ello!.....

Al oír tanta ignorancia, y considerándome un simple ó un bellaco, escandalizado cesó en sus preguntas, y dió cuenta de todo á mi veinticuatro; el cual me mandó á su mayordomo para que, dándome mi salario, me fuese de su casa.

—Ya despedido, me dijo el muy socarrón: Me recuerda la pelea que vi en Veracruz entre dos rufianes.

Pálidos estaban los dos y cuchillo en mano. Uno decia al otro con voz muy melosa y cual si hablara de cosas dulcísimas y deleitables:—Déjese venir, cauteloso, haga ganas, mire que le mortifico.—Acuchilláronse, y cayó muerto el uno. Acudió gente; y el matador, sin

abandonar el mismo tono meloso, dijo con la mayor suavidad del mundo:—Mire, pues la tierra lo llamaba.—Esto me contó el bellaco del mayordomo, y me puso en la puerta riéndose de mí, y considerando que lo sucedido era natural que me aconteciese..... porque la calle me llamaba.

A pocos pasos tropecé con otro paje, mi compañero, el cual me advirtió que viese lo que hacía; porque no sería extraño, según lo que había oído, que me encerrasen de orden del Vicario en alguna escuela para enseñarme qué habría sucedido al mundo si Cristo no hubiera venido á redimirnos, y también la creación del mundo por el poder de la palabra de Dios; pues el veinticuatro no había querido entregarme en su casa por no sé qué escrúpulos ó capricho.

Procuré esconderme por la calle de las Siete Revueltas y seguir por otras de las más intrincadas para desaparecerme mejor, cuando á la puerta de cierto mesón, en una harto solitaria, vi á un caballero mal engertado montado en un buen alazán, y teniendo del diestro un mata-lote. Al verme con ojos de asombrado y aspecto de fugitivo, me preguntó quién era y adónde iba, y la causa de mi desconcierto. Referíle todo sin encubrir la verdad; rióse, me ofreció protegerme, me hizo montar en el mata-lote, y en un verbo nos vimos en la Calzada de la Cruz del Campo, y en tres días en la sierra de Córdoba.

Era este señor un capitán de ladrones que salía con su cuadrilla al camino. Asaltaba á media noche á los viajeros, empezando por disparar al aire uno ó dos arcabuces. Al estruendo despertaba á los pasajeros cuando éstos

iban en coche, y seguidamente abría las portezuelas, diciéndoles con acento de franqueza y de benevolencia cariñosa:—Señores, buenas noches; no hay que asustarse.

En una de ellas cogieron á seis caminantes dentro de un coche; quisieron los caballeros bravear; él se contentaba con ponerles un puñal al pecho, diciéndoles:—Mire vuesarced que pincha;—ó un arcabuz, repitiéndole:—Vuesa merced entienda que se dispara.—Mientras robaron á todos, un eclesiástico había salido del coche y se había sentado sobre su maleta. Ninguno se acercó á robarle; antes bien, terminado el hurto de los demás pasajeros, todos se pusieron de rodillas, y el capitán le pidió la bendición. El buen señor recordóles su mal vivir, y que allí cerca en el camino habían dejado atrás unos cuartos de malhechores que la justicia había dispuesto que se colgasen en los árboles para escarmiento. Mi capitán le respondió:—Pues por eso, padre; porque sabemos muy bien á qué estamos expuestos en esta vida, le he rogado que nos eche su bendición.

Desagradábame esta compañía peligrosa, y más el recuerdo de la Santa Hermandad, y cuando pude, anochecí y no amanecí, tornándome á Sevilla.

De temor á la justicia me embarqué para las Islas Canarias, donde pasé un año. Volví á España, y en la galera tropecé con una vieja acompañada de buenos cofres con alhajas de oro y plata. Cuidábala yo mucho, pues me mostraba amor y me trataba de hijo. Si se moría en el camino, yo pensaba quedar al cuidado de lo que dejase. Adelantamos algo en el viaje, pero de repente presen-

tóse una calma chicha que nos tuvo tres días en desesperación. Íbamos por este camino á tardar un mes antes de ver puerto. En esto la vieja me dijo:—Niño mio, hasta que yo quiera habrá calma.—¿Por qué? le respondí.—Traigo, prosiguió, en uno de mis cofres dos huevos de gallina negra puestos á las doce de la noche en un viernes santo. Arrojando uno al mar por la parte de donde se desea que venga el viento, el viento viene sin detención alguna.—Dijelo al capitán, rióse; oyéronlo los marineros y algunos de los viajantes. Todos comenzaron á decir:—Hágase la prueba, pues ningun riesgo se corre.—Convencí á mi vieja. Faltaba lo mejor: sacar del fondo de la galera el cofre entre tantos y tantos. Costó harto trabajo y sudores hallarlo, Dios y enhorabuena, porque tres marineros consumieron en ello toda una tarde. Subióse á la cubierta, y yo anduve muy solícito en esto de abrir y cerrar el cofre para ver dónde cada cosa estaba, sortijas, arracadas, alfileres, cadenas y otras joyas, así como unos muchachos rubios á quienes llaman ducados. Tomó nuestra vieja uno de los huevos que estaban señalados con una crucecita negra, y me preguntó que de dónde se deseaba que soprase el viento. Díjome el capitán:—Ojalá nos sople un ventazo bueno por la mura de babor.—Agarró la vieja el huevo, y se persignó, diciendo una relación que no entendí, á manera de hechicería de las que pena el Santo Oficio. Al cabo de su rezo dejó caer el huevo al mar. No sé si antes de llegar al fondo dice Dios «Allá va viento», y se parte á poco el mastelero de una de las vergas. El capitán gruñe y exclama:—Casualidad es.—Pero vean vuesarcedes en lo que pa-

ran las burlas ó las brujerías, que de todo puede haber.—¿Qué tal el viento? le pregunté.—No es viento, replicó, por la mura de babor, sino un equinoccio.—En tal consternación, gritan unos, trabajan otros, y yo busco á la vieja, y con un cuchillo de cocina la amenazo con que si no arroja el otro huevo al agua para que cese el temporal, que nos corría y maltrataba la galera por instantes, allí en aquel punto era el postrero de su vida. Lloraba la infeliz creyéndose la causa del desastre y peligro; y continuando en su superstición y en tal aprieto, dióme la llave del cofre. Yo fui á do estaba dando trapiés y cabezones, pues la furia del mar no me dejaba andar seguramente. Llegué al cofre, pero el cofre no estaba solo; el contra maestre y otro de los hombres de mar habían ido, como yo, en demanda del otro huevo para que la tempestad desapareciese. ¡Qué inocentes éramos los tres! Yo, viendo el peligro que el cofre corría, les dije que el capitán los llamaba, porque la galera hacia agua, y si se tardaba tres credos en acudir al daño, moríamos sin remedio. Huyeron ante el peligro; abrí el cofre, saqué todo lo que pude para mi consuelo en tal trance, y dí al capitán el huevo. No sé si lo arrojó al mar; pero la tempestad desapareció á las claras del día. La vieja continuó el viaje muy llorosa y atormentada por las pullas de todos; y tanto, que al llegar á Sevilla, por la prisa de taparse y que no la viéramos al salir, ó por no verme, se puso al revés el manto. Dime con el dinero de las alhajas á vivir alegrísimamente en esta gran ciudad. Presto le vi el fin, y para mayor tormento, unas calenturas me llevaron al hospital, donde me hice muy amigo de otro

mozalvete enfermo. Sucedió que trajeron un día á punto de espirar á un catalanazo; pusiéronlo cerca de mi cama, y aquella noche murió el pobrecillo.

Tenía aretes de oro en ambas orejas, aretes que representaban un candado con una llavecita colgando. Cebados de la codicia de los aretes, concertamos mi camarada y yo el modo de quitárselos antes que los mozos del hospital viniesen por él. Acortamos un tantico las luces inmediatas con designio de no ser fácilmente vistos. El catalán murió reclinada la cabeza sobre el brazo derecho. Disputamos acerca de á quién correspondía sacar de la oreja derecha el arete, porque esto de manosear tanto á un muerto, y á un muerto á quien se iba á despojar de una alhaja, causaba no sé qué escrupulillos y escalofríos que solamente lo sabe el que los ha pasado. Echamos suertes: tocó el arete de la oreja derecha á mi compañero. Él, viéndose con lo peor del negocio, me suplicó que le ayudase, y yo, con toda voluntad y mala intención, me ofrecí á ello. Levantó la cabeza al muerto, mientras yo levantaba detrás de él igualmente el brazo para facilitarle el trabajo. Estando en el instante delicadísimo de sacar de la oreja el codiciado arete, dejé caer sobre su cabeza el brazo del muerto. ¡Ay amigos míos! Usarcedes no saben lo que es un golpe dado por el brazo de un muerto, y cuánto fué el horror y el espeluzno de mi amigo: huyó y yo hice presa del uno y del otro arete dejándolo *in albis*.

Supieron lo acontecido los mozos del hospital, y me despojaron de los aretes, y yo juréselas. Pero también me la habian jurado ellos; y por vía de cariño y cura me

enviaron al siguiente día un enfermero con especialísimo encargo de que *velis nobis* me pusiesen en el pecho un parche negro del tamaño de una piel de liebre, tan negro que parecia de alquitrán. Resistíme de palabras y de obras, por sonarme el asunto á bellaquería. Pero, muchacho, ¿no ves, me decia el enfermero, que tengo precisamente que poner el parche en el número treinta, que es el de tu cama? Tal orden he recibido y no tengo otro medio que cumplirla.—Ah, le repliqué, ¿con que han dicho á voacé que lo ponga en el número treinta? Pues venga acá.—Se lo arrebaté; y estampé el maldecido parche en la pared sobre el número treinta. Ya voacé ha cumplido la orden: vaya con Dios.—Fué convencido, y no pasó de aquí el suceso.

En el deseo de vengarme de aquellos socarrones, tuve ocasion de avisar, por medio de un muchacho amigo que vino á visitarme, que dijese al Administrador del Hospital que entrase de improviso y disfrazado á la una de la noche, hora en que vería cómo los enfermos que podian estaban levantados y envueltos en mantas jugando á los naipes. Tenían por costumbre hacerlo así. Mientras ellos en los corros jugaban con los mozos del hospital, iba yo muy agazapado poniendo muy en falso las tablas sobre los banquillos que forman las camas. Llega á la hora el administrador con varios amigos: apercíbense todavía en tiempo; tosen unos para llamar la atención; corre cada cual á su cama, saltan sobre ella á gran prisa para tenderse y arroparse; y con repetido estrépito van cayendo todas las tablas y colchones y enfermos, descu-

briéndose el que era jugador por la caída. Así tomé venganza de todos.

Con limosnas que me dieron en el hospital algunas buenas almas, estuve en Sevilla; aburríme de todo y de todos; dí en beber y divertirme; volaron mis dineros más rápidamente que los días, y me lancé á la vida picaresca.

Visité al Sr. Monipodio, que si bien por sus muchos desengaños y sus sesenta y nueve navidades ya no nos dirige, sino nos aconseja; ya no nos manda, sino nos protege por devoción, recibiendo los tributos que se le dan para su sustento como varón venerable; y le manifesté mis deseos. «Todo el misterio de la vida picaresca, me dijo, consiste en hacer de modo que para uno sean felices las desdichas, mentiras las afrentas, ganancias las pérdidas, lisonjeras las inquietudes y hasta sabrosos los disgustos y muy alegres los desconsuelos.» Tales mi ciencia secretísima, para vivir en esta mortalidad lo más deleitosamente posible.

Aquí llegaba Brevia, cuando con gran tumulto entró un alguacil trayendo de la mano á un muchacho que en la esquina atisbaba.—Quietos todos, dijo con poderosa voz, la casa está cercada: no hay escapar ninguno. Vengan bellacos acá: y tú, Comeperros, no te escondas, que bien te veo. ¿Quién de vosotros ha hecho la mayor diablura que imaginar se puede? No es nada lo del ojo: haber robado la espada y el collar de oro, nada menos que á un sobrino del Sr. Asistente.

Señor alguacil, dijo Brevia: vámonos poco á poco, que

eso todo no ha pasado de una burla sencilla y nada más. Ese señor sobrino, ó lo que sea, de su señor Asistente presume de muy valiente y de muy desconfiado, y que como le den tres pasos de tiempo, no hay quien pueda robarlo ni quitarle la vida, pues no podrán conseguirlo sin dejar sangre por prenda. Unas damas á quienes él festeja mucho me buscaron y á aquel embozado que allí está, que es Mondadientes, hombre de grandes bríos y ventura, para que quitásemos á ese caballereite la espada y la cadena de oro para entregarlas á ellas mediando ciertos dineros. Pasa ese galan todas las madrugadas, fatigado y soñoliento, por las gradas de la iglesia Mayor, delante de la puerta del Perdon y el cuadro y altar del Santo Cristo en la calle de la Amargura que dicen de Luis de Vargas, adonde llevan á rezar credos á los que han de padecer por justicia en el gáznate. Siempre tiene el cuadro encendidos dos ó más faroles. Yo esperé hincado de rodillas y en cruz ante la imagen, dejando libre el andén por donde venia el malogrado. Mondadientes hacía la deshecha en una casa junto á la del Sr. Arzobispo, cual si estuviera hablando á la reja con una dama. Taconeaba de lo lindo el bravucon, y con pausado contoneo llegó á pasar por delante de mí sin apenas mirarme; sin darle tiempo á saludar al Cristo, abracé sus muslos cogiéndole al par las manos con todas mis fuerzas, que á Dios gracias son demasiadas, por mi mucho ejercitarlas; corre Mondadientes, y en un santiamén le quitamos la espada y la cadena. Tan suspenso quedó que no podia del espanto proferir una palabra sola. Su corazón estaba cual